GÉNÉRAL HIVER

LA INFLUENCIA DEL CLIMA Y LOS CONDICIONANTES BIOGEOGRÁFICOS EN LA GUERRA.

ANTONIO GARCÍA PALACIOS
JOSÉ IGNACIO PASAMAR (ED.)

www.hrmediciones.es

ÍNDICE

Introducción. 9

Elefantes de guerra en el Mundo Antiguo 13

Antecedentes. 17

Características 19

Caza y captura 22

Entrenamiento y domesticación. 26

Armamento y equipamiento. 27

Transporte 29

Funciones 33

Formaciones 34

Contramedidas: armas y tácticas 36

Elefantes de guerra helenísticos 40

Elefantes de guerra cartagineses. 41

Elefantes de guerra romanos. 45

Los elefantes en la visión romana 48

La arqueología de los elefantes de guerra. 51

Conclusión 54

Bibliografía. 55

Bosques y selvas. La guerra en la espesura 59

Germania desafía el poder de Roma 63

La lucha en los bosques desde la Antigüedad al siglo XX 72

La Guerra Civil Europea 1914-1945 91

Guerrilleros, los amos del bosque 104

Conclusiones. 114

Bibliografía. 116

Alejandro Nevski, la Batalla del Lago Peipus y el nacimiento del "General Invierno" 119

Prólogo 121

Introducción. Fuentes. 123
La república de Nóvgorod 125
Las cruzadas bálticas 129
Los ejércitos cruzados 131
Los ejércitos de Novgorod 135
La campaña 139
La batalla 144
Consecuencias 147
Influencia posterior 149
El clima como arma defensiva de Rusia: el general invierno. 151
Influencias en la cultura 153
Bibliografía 154
De cómo influyó el clima en los asedios de Época Moderna (siglos XVI-XVIII) 155
Introducción 157
Los asaltos por sorpresa 158
El bloqueo y el bloqueo activo 165
Flandes, una humedad que calaba los huesos 169
El Norte de África, calor abrasador, tormentas de arena y tempestades. 189
América, tierra de enfermedades y huracanes. 202
Bibliografía 210
Los Alpes en la Primera y Segunda Guerras Mundiales, 1915-1945. 213
Preludio 215
Apertura del Frente Alpino, 1915 216
Las 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, y 5ª Batallas del Isonzo 222
Batalla de Asiago y 6ª, 7ª, 8ª y 9ª Batallas del Isonzo, 1916 228
Los Dolomitas y el "Viernes Blanco" 233
Del Monte Ortigara a las 10ª y 11ª Batallas del Isonzo, 1917. 237
Batalla de Caporetto 243
Del Monte Grappa al final de la Gran Guerra, 1918 250
Líneas "Maginot Alpina" y Valle Alpino del Littorio, 1919-1939 255
Primera Batalla de los Alpes, 1940 258
Plan B: 259

Plan M: 261
Plan R: 262
Intermedio hasta 1944 264
Segunda Batalla de los Alpes 1944-1945 266
Crisis del Valle de Aosta 269
Notas 271
Bibliografía. 280
Guerrillas y el entorno geográfico 283
Introducción 285
Consideraciones generales 286
El caso afgano: Insurgencia en las montañas. 292
El caso sudafricano: La guerrilla bóer 298
EL caso irlandés: Nacionalismo, terrorismo e independencia 305
El caso malayo: Comunismo y conflicto étnico 314
Conclusión 323
Bibliografía. 323
Fritham, 1942. Meteorología y conflicto en las islas Svalbard 325
Bibliografía. 357
El impacto del clima en las operaciones en el *Ostfront*. 1941-1945 359
Bibliografía. 411

Introducción

El frío era tan intenso que acampar de noche al aire libre era insoportable. ¡Qué mala suerte tuvieron aquellos que se quedaron dormidos junto al fuego! Además, la desorganización era cada vez más evidente entre las tropas. Constantemente, se encontraban hombres que, derrotados por el frío, se habían visto obligados a abandonar y habían caído al suelo, demasiado débiles o lo suficientemente entumecidos como para no poder mantenerse en pie. Ayudarlos significaba prácticamente cargarlos como un peso muerto. Muchos rogaban que les dejaran solos. Había hombres diseminados a lo largo del camino. ¿Habría que llevarles junto a un fuego? Una vez que estos pobres desgraciados se dormían, morían poco después. Si resistían el deseo de dormir, otro transeúnte les ayudaría a avanzar un poco más, prolongando así su agonía, pero sin poder salvarles, pues, en ese estado, la somnolencia que genera el frío es prácticamente irresistible. El sueño llega de forma inevitable, y el sueño es la muerte. Traté en vano de salvar a alguno de estos desafortunados. Las únicas palabras que pronunciaron fueron para rogarme que, por el amor de Dios, me marchara y les dejara dormir. Al escucharlos, cabría pensar que veían en el sueño su salvación. Desafortunadamente, era el último deseo de un pobre desgraciado, pero al menos dejaba de sufrir, sin dolor ni agonía. La gratitud, e incluso una sonrisa, se dibujaban en sus labios descoloridos. Lo que he contado sobre los efectos del frío extremo, y de esta especie de muerte por congelamiento, está basado en el padecimiento que observé en miles de individuos. El camino estaba cubierto con sus cadáveres.

Con Napoleón en Rusia. Las memorias del general Caulaincourt, duque de Vicenza

El *General Invierno* derrotó a Napoleón y a Hitler. El hielo, la nieve, el barro y el frío sepultaron a dos de los mejores ejércitos de todos los tiempos. Tras estos análisis simplistas, comúnmente aceptados por los "historiadores de barra de bar", se esconden aspectos mucho más complejos, sin los cuales el estudio del pasado se torna superficial y sin sustancia. Tan nocivo resulta obviar el papel de los recursos naturales, la orografía o el clima en un proceso histórico como situarlos en un primer plano, otorgándoles un papel preponderante como desencadenantes de desastres (o victorias) militares.

Los océanos y mares, las montañas, los desiertos, los bosques, en definitiva, los múltiples y variados escenarios naturales que completan la morfología de nuestro planeta han sido escenario del paso del hombre y, a la vez, testigo mudo y condicionante en los enfrentamientos y conflictos que han salpicado de sangre la historia de la humanidad desde sus tiempos más remotos. El territorio y sus recursos agrícolas, minerales, combustibles o hídricos han sido el detonante de guerras de mayor o menor intensidad y duración y con unas consecuencias más o menos significativas, convirtiéndose en factores que, junto a otros de índole política, económica o ideológica, han empujado al ser humano a empuñar las armas para su defensa o apropiación. Tampoco habría que excluir de la investigación histórica a los seres vivos que, desde época neolítica, han contribuido a las actividades económicas primarias en tiempo de paz y al esfuerzo bélico de los ejércitos, en vanguardia y retaguardia, en tiempo de guerra.

La idea de presentar al gran público *Général Hiver. La influencia del clima y los condicionantes biogeográficos en la guerra*, surgió al calor de obras de reciente publicación en las que se otorga un papel preponderante al medio físico y a sus variables como agente histórico. Estamos hablando, entre tantos de especial interés, de libros como *Un mar sin límites: una historia humana de los océanos* (David Abulafia; Crítica, 2021) o *Ser bosques: emboscarse, habitar y resistir en los territorios en lucha* (Jean-Baptiste Vidalou; Errata Naturae, 2020). También han servido de inspiración a los editores estudios con algunos años más a sus espaldas como el ambicioso trabajo de Geoffrey Parker que lleva por título *El siglo maldito: climas, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, el cual vio la luz en 2017, *La pequeña Edad de Hielo. Cómo el clima afectó a la historia de Europa, 1300-1850* (Brian Fagan; Gedisa, 2008) o *Guerras climáticas. Por qué matamos (y nos matarán) en el siglo XXI* (Harald Welzer; Ariel, 2011), libro este último en el que se vaticina que la degradación del medio ambiente resultante del modelo de explotación occidental irá acompañada de una intensificación de los conflictos armados. Tomando

como referencia o punto de partida estos y muchos otros trabajos anteriores aclamados por la crítica –no podríamos dejar de citar en este sentido la obra de Jared Diamond *Armas, gérmenes y acero*–, nos hemos propuesto plantear un estudio vivo y dinámico, pero a la vez riguroso y profusamente documentado, en el que, sin descuidar particularidades de carácter político, económico o social, se abordarán aspectos muchas veces dejados de lado o directamente ignorados por parte de la historiografía clásica.

Así, a lo largo de ocho capítulos, dibujaremos un marco histórico rico en matices y complejo. Sentiremos temblar el suelo con el paso de los elefantes, codiciada máquina de guerra en la Antigüedad. Conoceremos el impacto de las condiciones atmosféricas en la guerra de asedio. Nos adentraremos en la profundidad de bosques milenarios. Veremos el hielo del lago Peipus abrirse bajo nuestros pies al galope de los caballos de la Orden Teutónica durante su carga contra las huestes de Aleksandr Nevski. Profundizaremos en el conocimiento del medio y desvelaremos las claves de la guerra de guerrillas. Escalaremos los Alpes para escuchar los ecos de las dos guerras mundiales desde sus cumbres. Sobrevolaremos las islas Svalbard en busca de las estaciones meteorológicas alemanas. Y marcharemos hacia el Frente del Este en mitad del crudo invierno. Guerra, historia y medio natural. Las raíces del pasado serán las ramas del futuro.

Ignacio Pasamar López y Antonio García Palacios
HRM Ediciones, 2023

Elefantes de guerra en el Mundo Antiguo

Arturo Sánchez Sanz

Es Doctor en Estudios del Mundo Antiguo con Mención Internacional por las Universidades Complutense de Madrid y Autónoma de Madrid (Sobresaliente Cum Laude por Unanimidad), Máster en Historia y Ciencias de la Antigüedad por las Universidades Complutense de Madrid y Autónoma de Madrid, especialidad de Egipto y Oriente Próximo, Máster Universitario en Formación del Profesorado (UNED) y Licenciado en Historia por la Univ. Complutense de Madrid, en l especialidad de Estudios Clásicos. Ha colaborado como investigador en la Faculty of Classics de Oxford (UK) y en las excavaciones del Complejo de Tumbas Reales de Vergina a petición de la Aristotle University of Thessaloniki. Actualmente actúa como contratado posdoctoral en las Universidades de Buenos Aires y País Vasco. Ha participado en nueve proyectos de investigación con los Grupos DEMETER (UNIOVI) y ESCHATIA (UCM), más de 30 congresos internacionales celebrados en Europa, Latinoamérica y África, es autor de 13 ensayos históricos y numerosos artículos científicos publicados en revistas nacionales e internacionales.

Esto es lo que les suele ocurrir siempre a los elefantes cuando están irritados, que consideran a todos como enemigos. Algunos, a causa de la falta de confianza, los llaman "enemigos comunes".
Apiano, *Sobre Iberia*

El elefante ha sido el animal más espectacular que la humanidad ha empleado como combatiente en las guerras de la Antigüedad. Muchas civilizaciones capaces de movilizar los ingentes recursos necesarios para ello rivalizaron por contar con un "arma" capaz de influir por sí sola en el resultado de una batalla. Al menos, así sucedió inicialmente, cuando muy pocos conocían tan siquiera su existencia ni mucho menos su capacidad militar. No en vano, con el tiempo, la mayor dificultad para conseguir ejemplares se unió a la aparición de unidades especialmente adiestradas para combatirlos hasta hacerlos desaparecer en los campos de batalla. Sin embargo, una razón aún más poderosa tuvo que ver en ello, su participación podía ser tan beneficiosa como peligrosa, motivo por el cual acabaron siendo conocidos como el "enemigo común"[1]. Una definición muy acertada ya que, si llegaban a enloquecer durante el combate por las heridas recibidas u otros factores, podían resultar tan devastadores para el ejército enemigo como para el propio.

De las tres especies conocidas, los más utilizados fueron los elefantes indo-asiáticos y los elefantes del bosque (de tamaño inferior a los anteriores y más fáciles de conseguir en el África septentrional y oriental), ya que los elefantes de la sabana (los que mostraron mayor envergadura) prácticamente eran desconocidos por las culturas mediterráneas en aquella época, y presentaban mayor dificultad para su domesticación, un aspecto quizá determinante a la hora de evaluar su posible servicio[2].

Su concurso fue extremadamente importante, y generalizado, también en la India, Oriente Próximo o Asia Oriental, y se mantuvo a lo largo de los siglos como un elemento típico de los ejércitos desde la Antigüedad, al poder actuar no solo como combatientes durante la batalla, sino también como animales de tiro en los desplazamientos. Su mera presencia infundía terror entre los soldados que jamás habían contemplado tales criaturas,

1 Tito Livio 27, 14; Apiano *Hisp*. 46.

2 Nossov 2008, p. 8.

convirtiéndose en un factor psicológico determinante a la hora de socavar la moral y el valor de los ejércitos enemigos hasta lograr la victoria[3]. Muestra de ello, ya en el s. IV a.C., nos la proporcionan San Ambrosio[4] y Amiano Marcelino[5], quienes explican que ni soldados ni jinetes podían oponerse a su colosal fuerza en la batalla, por lo que muchos no se atrevían ni tan siquiera a acercarse.

Los compradores siempre intentaron reducir su elevado coste adquiriéndolos en las regiones cercanas a sus hábitats naturales, donde los cazadores dedicaban también su tiempo al minucioso proceso de adiestramiento. No en vano, su elevado valor militar no radicaba exclusivamente en los beneficios antes mencionados, sino en su relativa escasez, lo que suponía un precio por ejemplar al alcance de muy pocos. Los diádocos o el propio rey de Epiro, Pirro, utilizaron elefantes indo-asiáticos aprovechando las rutas de comercio activas con la India, pero otros como los sucesivos monarcas ptolemaicos o los cartagineses optaron por abastecer sus ejércitos mediante la especie autóctona de aquellas regiones, los elefantes del bosque.

Su captura, transporte y mantenimiento tampoco eran económicos. Los Estados gastaron enormes sumas en todo el proceso, aun cuando nadie podía garantizar que los resultados fueran satisfactorios. El elefante de guerra era un arma temible, que podía otorgar la victoria sin que ni siquiera los soldados llegaran a entablar combate (sobre todo cuando se enfrentaban a tropas ligeras o caballería inexperta, ya que su mera presencia incitaba a la huida), pero el paso del tiempo y la generalización en su uso lograron poco a poco reducir su efectividad considerablemente. Este hecho, unido a su caza indiscriminada (ya fuera para emplearlos en los ejércitos o en los espectáculos de los circos y anfiteatros romanos), prácticamente los hizo desaparecer del África septentrional, propiciando que su participación en los ejércitos del Mediterráneo fuera disminuyendo paulatinamente.

No quiere decir que los elefantes de guerra dejaran de utilizarse en otras regiones del planeta, ya que en la India o el sudeste asiático, siguieron

---

3 Plutarco (*Alejandro,* 62.2) indica que, una de las razones que esgrimieron los soldados de Alejandro para no continuar su marcha atravesando el Hidaspes en el 326 a.C. era la creencia de que, al otro lado, les esperaba un contingente de elefantes aún más terrible que el del rey Poros.

4 *Hexamerón*, 6.5.33.

5 XIX.2.3 y VII.6.

empleándose con fines militares durante siglos, hasta época muy reciente. En aquellas zonas, el elefante indo-asiático era fácil de encontrar, y su adiestramiento tenía una enorme tradición, por lo que los costes eran más fácilmente asumibles. Por este motivo, en los primeros momentos en que éstos fueron empleados por griegos, cartagineses, egipcios y romanos, era habitual la contratación de *mahouts* indios (los conductores) para su cuidado, mantenimiento, adiestramiento y conducción en la batalla.

ANTECEDENTES

Los elefantes son animales originarios de zonas templadas y suaves del sur y sureste de Asia, Asia Occidental y África (hoy en día se encuentran en Paquistán, Myanmar, Tailandia, Vietnam y las islas de Sri Lanka y Sumatra), donde desde épocas remotas como el Neolítico eran conocidos[6]. El intento de domesticarlos también fue muy temprano, se sabe que la cultura de Mohenjo Daro ya lo había logrado entre el III y II Milenio a.C. Igualmente se tienen noticias, por una inscripción atribuida a Amenemhelt, que éste acompañó a Tutmosis III cuando estuvo en Siria (c. 1470 a.C.) y añade que le vio escapar de un elefante. Aunque poco después de estos hechos, parece que éste organizó una gran cacería en la tierra de Niy[7] (al norte de Siria), donde se dice que mataron más de ciento veinte elefantes para obtener su marfil[8].

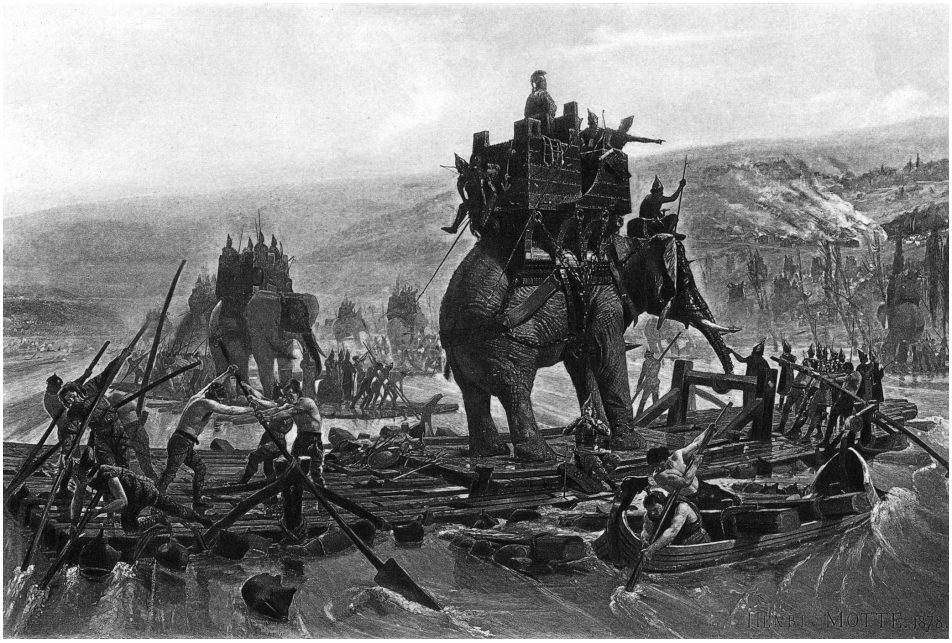
Se han encontrado textos asociados al rey asirio Tiglath-Pileser I (ca. 1100 a.C.) donde se dice que mató a diez elefantes y capturó a cuatro con vida en la región de Harán, en la zona media del Éufrates (no lejos de donde Tutmosis III hizo su cacería). También conocemos que, a principios del s. IX a.C., Assurnasirpal II, y previamente Salmanasar II en el s. XI a.C., recibieron un tributo de elefantes y marfil procedentes de Yakin y Adini[9] (Siria). Ello

6 Gabin de Beer (1969: 100) alude a que en la localidad de Alaya, en el desierto bíblico, se han encontrado representaciones de elefantes grabadas en piedra y con fechas anteriores al 4.000 a.C.

7 Según se desprende de la inscripción atribuida a un oficial que lo acompañó, llamado Amenemhab, e incluso se cree que Tutmosis III, interesado por la historia natural de las tierras bajo su mando, ordenó crear en Tebas una colección con ejemplares de los animales y plantas más interesantes. Prueba de ello es la tumba de Rekhmire, visir durante los reinados de Tutmosis III y Amenhotep II, y administrador del templo de Amón en Karnak, aparece representado un elefante indio sujeto por una correa. Scullard, 1974: 28.

8 Según Bishop (1921: 290-306), los elefantes de Asia occidental eran de la especie asiático-india, ya que en las representaciones de la zona, aparecen con las orejas pequeñas y la forma del lomo característica.

9 Bit Adini fue un estado arameo situado en el valle del río Éufrates en la zona de la actual ciudad de Alepo, en Siria. Bit Yakin era también un estado arameo situado al sur de Babilonia, junto a la costa del Golfo Pérsico.



ANÍBAL CRUZANDO EL RÓDANO. HENRI MOTTE 1878.

prueba su existencia en esa zona, y que ya se había conseguido domesticarlos, criándolos en Kalhu, como relata el obelisco de Nimrod (fechado en el tercer cuarto del s. IX a.C., durante el reinado de Salmanasar III). El hecho de que su existencia en Próximo Oriente fuera común en aquella época, ha llevado a muchos estudiosos a hablar de una especie autóctona, como sería el "elefante sirio". Pero no existen pruebas de que se diferenciara en nada del elefante indio, siendo muy posible su hábitat se extendía hasta dicha zona en aquella época.

En cualquier caso, en Siria y Mesopotamia ya habían desaparecido en el s. VIII a.C. como resultado del cambio climático o de la necesidad de marfil por parte de los humanos. Así, ya en el s. IV a.C., Alejandro Magno no encontró elefantes salvajes en toda Asia occidental. En Egipto desaparecieron ya en el III-II Milenio, aunque permanecieron más tiempo en otras regiones del norte de África, como Cartago. Allí existieron hasta la caída de la ciudad, en el año 146 a.C., en que la región pasó a convertirse en provincia romana, y éstos comenzaron su caza para obtener marfil o emplearlos vivos en sus espectáculos. De este modo desaparecieron del norte de África hacia finales del s. II a.C.

A caballo entre las alusiones de Heródoto y de Hannon, sabemos de su utilización bélica en el Imperio Persa y la India a través del escritor y médico griego del s. V a.C. Ctesias de Cnido. Si bien es cierto que sus obras, llamadas *Pérsica* e Índica (ambas perdidas y solo conocidas por fragmentos de Focio, y por ser fuente de Diodoro), deben siempre tratarse con suma cautela, al basarse en informaciones inventadas o exageradas. Hace referencia a los elefantes de guerra en dos pasajes. En el primero refiere a su utilización con éxito por Amoraius, rey de los Derbikes (escitas asentados al Este del Mar Caspio), contra Ciro II el Grande. Este se sirvió de elefantes indios para tender una emboscada al rey persa y consiguió derrotar a su caballería. El segundo trata sobre la mítica reina asiria Semiramis[10], la cual, según Ctesias[11], habría iniciado una campaña contra la India.

Consciente de la enorme cantidad de elefantes de guerra con que contaba el rey indio Strabrobates, y de que no disponía de dicho arma, parece que construyó maniquíes de elefantes con pieles de bueyes rellenas de paja, cuyo armazón transportaría un camello con su conductor tirando de él bajo la estructura. Finalmente, la estrategia no la sirvió de nada, ya que algunos desertores informaron al rey indio del truco, y tras ser derrotada tuvo que regresar a Bactria.

CARACTERÍSTICAS

Los elefantes de guerra eran entrenados de forma especial. Casi todos eran machos, al ser de mayor tamaño y agresividad que las hembras, y además contaban con sus grandes colmillos para utilizarlos como armas de combate (también de mayor tamaño que los de las hembras, aunque a veces las utilizaban para el transporte, pero siempre eran de menor tamaño que los machos). El elefante es el animal terrestre más grande del planeta, y de él existen dos especies: el africano, y el asiático-indio. Las más importantes diferencias aluden a que el elefante africano tiene las orejas de mayor tamaño y el lomo cóncavo, además de grandes colmillos; mientras que el elefante asiático-indio tiene orejas y colmillos más pequeños, y el lomo convexo[12].

---

10 Hay quienes la asocian a la histórica reina asiria Samuramat (finales del s. IX a.C.), esposa de Shamshi-Adad V y regente de su hijo Adad Narari III.

11 Recogido en Diodoro, XI.16.

12 Sobre las de diferencias entre ambas especies, véase De Beer (1969: 105).